

# *La acción de masas*

**Karl Kautsky**

(*Die Neue Zeit*, año XXX, volumen 1, 1911)

I La naturaleza de la masa .....	1
II. Las realizaciones de la masa .....	6
III Las transformaciones históricas de la acción de masas .....	11

## **I La naturaleza de la masa**

Ya es una verdad de Perogrullo que las luchas políticas y económicas de nuestro tiempo se conviertan cada vez más en acciones de masas. El desarrollo técnico, y principalmente el crecimiento de los modernos medios de comunicación, vincula cada vez más estrechamente a masas humanas cada vez mayores en los aspectos literario, político y económico. Así como incrementa irresistiblemente las proporciones de ejércitos y flotas, aumenta el número de afiliados al Partido Socialdemócrata y a los sindicatos, transforma asociaciones gremiales locales en nacionales e internacionales, asociaciones profesionales en ligas industriales, y las lleva finalmente hacia acciones unificadas de partido y sindicato. Pero por otra parte se multiplican los medios de poder de los gobiernos, los partidos burgueses se agrupan en bloques, crecen las diversas, empresas industriales y comerciales, se agrupan en ligas empresarias, y son dominadas por algunos bancos gigantescos.

De esta manera, las luchas políticas y económicas se convierten, cada vez más, en acciones de grandes masas.

Esto se ha descubierto hace muchísimo tiempo, y hoy goza del reconocimiento general. No trataremos aquí al respecto. Sólo menciono este fenómeno porque a menudo se lo mezcla con otro de naturaleza enteramente diferente, y cuyo constante crecimiento en modo alguno se reconoce en forma general en la sociedad moderna sino que, por el contrario, se lo discute vivamente. Este otro fenómeno es el de la acción de calle política o económica espontánea de masas populares desorganizadas, que se reúnen ocasionalmente y luego vuelven a dispersarse.

Esta dase de acción de masas es algo totalmente diferente a la especie mencionada en primer término. Aunque se compruebe que las acciones políticas y económicas toman cada vez más el carácter de acciones de masas, no está demostrado que ese modo especial de acción de masa que se designa sumariamente como acción de calle, esté llamado a jugar también un papel siempre más importante. Algunos de nosotros lo discuten y otros lo afirman; pero la argumentación de los últimos se basa principalmente en una mezcla de las dos clases de acción de masas, de modo que se pretende que con la necesidad de una se habría demostrado ya, también, la necesidad de la otra.

Pero las cosas no son tan sencillas, y precisamente ahora, luego de los disturbios en Inglaterra, Francia y Austria, vale la pena desmenuzarlas un poco.

Por lo tanto, en lo que seguirá no trataremos acerca de la masa política o gremialmente organizada, sino de aquella masa que se reúne ocasionalmente, impulsada por circunstancias particulares, para luchar contra determinados factores que la oprimen.

En ella pueden aparecer grupos organizados, que rara vez estarán ausentes del todo, pero no constituyen su componente principal.

Esto vale para la revolución francesa, para las de 1848, 1870 y, más recientemente, para la revolución rusa. Aún hoy tendría también vigencia en Alemania, si se produjesen acciones de la masa del pueblo en su totalidad. Durante el censo de 1907 se estableció que había casi 12.000.000 de obreros y empleados en la industria y el comercio (prescindimos aquí de la agricultura). Además había medio millón de trabajadores en servicios domésticos, 1.700.000 al servicio del estado y de las comunidades, y 3.400.000 sin oficio. Gran parte de estos elementos deben considerarse como parte del “pueblo”, de la masa que en momentos de agitación se acumula en las calles, dándole su fisonomía. Pero además hay también muchos de los “independientes” que no pertenecen a los estratos que se apartan del pueblo en tales ocasiones: trabajadores domiciliarios, pequeños artesanos y comerciantes, etc. Sólo hemos tenido en cuenta a los trabajadores. Pero también hay que contar como perteneciente al pueblo a la gran masa de los que no son trabajadores, como las mujeres de la población de menores recursos, ocupadas en sus casas.

Aun haciendo abstracción de la población rural y de los niños, podemos estimar en alrededor de treinta millones a la capa popular que podría intervenir en Alemania en caso de acciones de masas. De ellos, alrededor de una décima parte está sindicalmente organizada, incluyendo no sólo los sindicatos libres, sino también los cristianos, los de Hirsch-Duncker, y los independientes. Por lo tanto, una acción de las grandes masas sería, aún hoy, fundamentalmente un movimiento de elementos desorganizados, y seguirá siéndolo por mucho tiempo, acaso tanto como dure el modo de producción capitalista. Incluso con una duplicación y triplicación del número de personas organizadas prevalecerían considerablemente en la masa los sectores no organizados.

Aquí cabría ciertamente este interrogante: ¿Qué puede realizar esta masa desorganizada en cuanto tal? ¿Qué podemos esperar de ella?

Para la mayor parte de los observadores, la masa se les antoja un ser místico. Según su posición partidaria la consideran el demonio en persona los unos, y los otros como el verdadero dios que redimirá a la humanidad. Un profesor italiano, partidario de Lombroso, Scipio Sighele, investigó en un libro “la psicología de la muchedumbre y de los crímenes de masas”, hallando que el individuo, cuando se encuentra dentro de la masa, es proclive a los peores delitos y se deja arrastrar fácilmente hacia crímenes en los que, separado de la masa, no pensaría siquiera. Casi en la misma época de este libro apareció *Psychologie des foules* [*La psicología de las masas*], (1895), de un tal Dr. [Gustave] Le Bon, que enfatizaba menos la criminalidad de las masas, pero que en cambio le extendía el peor de los certificados a su inteligencia: afirma que la masa carece de sensatez, y las pasiones, sugerencias y circunstancias fortuitas las exacerbaban, impulsándolas a los hechos más desatinados. Inclusive individuos inteligentísimos se tornan insensatos cuando se hallan en el seno de una masa.

Con ello, el erudito doctor creía acertarles principalmente a las masas proletarias, pero extiende su duro juicio a cualquier agrupación, incluso si la misma sólo comprende una docena de personas. Para él, parlamentos y jurados no salen mejor librados que la masa, de modo que habría que suponer que la inteligencia es cosa que se excluye en casi todas las actividades humanas, pues casi todas se desarrollan en sociedad de varias personas, y no en la soledad.

Pero frente a estos juicios despectivos acerca de la masa se alzan otros que la ponen, en igual proporción, por las nubes, especialmente de revolucionarios franceses y rusos. Son las experiencias de la gran revolución las que los llevan a su desbordante idealización de la masa. Su última expresión es la *Historia de la Revolución Francesa*

de Piotr Kropotkin (magistralmente escrita, por lo demás) cuyo leitmotiv lo constituye esta idealización. En contraposición al señor Le Bon, Kropotkin declara que la masa posee una inteligencia mucho más certera que los políticos individuales.

A cada paso nos encontramos en su libro con juicios como el que sigue:

“El pueblo *siempre* tiene una sensación correcta de la situación, aun cuando no pueda expresar correctamente dicho sentimiento y no pueda fundar sus temores mediante motivos ilustrados; e intuye *infinitamente mejor* que los políticos los complots que se urden en las Tullerías y en los palacios”.

Esto es exactamente lo contrario de lo descubierto por los señores Sighele y Le Bon. Pero hay una cosa en la cual coinciden todos los observadores de la masa; reconocen que posee una fuerza muchísimo más poderosa que la mera suma de las fuerzas de los individuos que la componen. O más exactamente el individuo desarrolla en la masa fuerzas que exceden en mucho la medida de lo que sería capaz estando aislado. Actuando en el seno de la masa se torna más audaz y altruista, pero también más desconsiderado y excitable de lo que lo sería en el aislamiento.

Esta peculiaridad no es exclusiva del hombre. Éste la comparte con otros animales sociales, como ya se ha observado desde mucho tiempo atrás. Así observa Espinas en su libro sobre las sociedades animales:

“El furor de las avispas crece con su número. Los efectos del número sobre los seres vivos son sumamente curiosos. Sabemos actualmente que el hombre solo no siente ni piensa como dentro de una muchedumbre, y un célebre crítico ha observado con frecuencia que en el teatro, los espectadores, en virtud de la multitud solamente, se transforman en otros completamente distintos de cómo serían cada uno de ellos aisladamente... En toda asociación de seres sensibles no sólo el movimiento de cada uno se transmite a todos los demás, sino que también el movimiento general se hace tanto más intenso cuanto mayor sea la multitud”. (*Die tierischen Gesellschaften*, páginas 345-34?)

A raíz de ello cita a Forel, quien observaba: “Dada la misma forma, el valor de cada hormiga aumenta en proporción directa con el número de sus compañeras o amigas, y disminuye igualmente en proporción directa cuanto más aislada se halle de sus compañeras. Cada habitante de un hormiguero muy poblado es mucho más valeroso que otro individuo, absolutamente igual por lo demás, perteneciente a otro de muy pequeña población. La misma obrera que se deja matar diez veces estando en medio de sus compañeras, se revelará como extraordinariamente temerosa y evitará el más leve peligro (e incluso huirá ante una hormiga mucho más débil) apenas se halle sola a veinte pasos de su hormiguero”.

Espinas extiende estas observaciones a todos los “seres sensibles”, pero sólo hay informaciones al respecto para los animales sociales, y como es natural sólo pueden referirse a ellos. Los animales de rapiña, que merodean aislados, están obligados ya por sus propias condiciones de vida a desplegar solos el máximo de fuerza tanto física como moral de la que sean capaces. Para esta clase de animales, un compañero que se sume no es un auxiliar, sino un competidor por el botín, a quien se mira con recelo y animadversión, salvo que pertenezca al sexo opuesto. Sólo en el caso de los animales sociales, quienes por sus condiciones de vida dependen de la ayuda y el apoyo mutuo, la masa puede producir un efecto de estímulo, incentivo y excitación.

Estos factores biológicos, que obran en la masa, se fortalecen, merced a las circunstancias históricas particulares bajo las cuales aquélla entra en acción. La multitud de individuos que se apiñan habitualmente en las calles con objetivos diferentes, no es aún una masa en acción. Para que llegue a serlo es necesario que todos los individuos que en ella se reúnen estén animados por la misma voluntad. ¿De dónde proviene esa

coincidencia en una masa desorganizada de personas que no se conocen mutuamente en absoluto, que no se han puesto de acuerdo para encontrarse, provenientes de los más diversos sectores? Esa coincidencia de voluntades o ese sofocamiento de cada voluntad individual y particular por parte de la voluntad de la masa les parecen a quienes desprecian a ésta como un signo particularmente notable de su bajo nivel.

Así dice el señor Le Bon: “La paralización de la personalidad consciente, el predominio de la personalidad inconsciente, la determinación de la acción por la sugestión y el contagio de sensaciones e ideas de igual naturaleza, la tendencia a expresar las sensaciones sugeridas inmediatamente en los hechos, tales son los rasgos distintivos característicos del individuo en la masa. Ya no es él mismo, sino un autómeta que no gobierna su voluntad.”

“Así, el hombre desciende varios peldaños en la escala de la civilización, por el mero hecho de constituir parte de una masa organizada<sup>1</sup>. Aislado, acaso sea un individuo cultivado, pero en la masa es un bárbaro, alguien a quien gobiernan sus instintos.” (Página 20)

La sugestión y el contagio deberían explicar la unidad de voluntad de la masa en acción. Pero cuando preguntamos de dónde provienen la sugestión y el contagio, quién es el que sugestiona y contagia, allí enmudece súbitamente nuestro profundo psicólogo de masas.

El contagio, dice Le Bon, es un fenómeno fácil de comprobar, *pero inexplicable*; se debe vincularlo a fenómenos hipnóticos que estudiaremos de inmediato.

De ese estudio sólo surge, sin embargo, que el contagio espiritual constituye un efecto de la sugestión. Esta última parecele a Le Bon la causa más importante del espíritu de la masa. Pero si queremos averiguar de dónde proviene la sugestión, se nos despacha brevemente diciendo que “es una consecuencia de emanaciones que se liberan (par suite des effluves, qui s’en dégagent) o que proviene de alguna otra causa que desconocemos”.

En otras palabras, en este contexto contagio y sugestión no son otra cosa que expresiones pretendidamente eruditas, tras de las cuales no se alberga ni el menor conocimiento, ¡La sugestión de masas o la voluntad uniforme de la masa sólo son dos nombres diferentes para una misma cosa. El señor Le Bon declara que esa voluntad uniforme proviene de la sugestión uniforme que puede provenir de emanaciones magnéticas o de otras causas. La insensatez de esta explicación sólo se oculta al creer el lector que tras la palabra sugestión se albergaría alguna erudición especial.

De hecho no hay nada más absurdo que esta clase de concepción de la sugestión de masas. Toda sugestión experimentalmente comprobada se basa en la influencia personal de un individuo sobre otro. ¿De dónde podría provenir semejante influencia en la masa? ¿De un orador? Pero incluso si un orador habla desde una tribuna, al aire libre sólo lo comprenderán quienes estén más próximamente situados a él. Sin embargo, también hallamos una voluntad uniforme de masas en acción en circunstancias en las que resultaba totalmente imposible que un orador hablase a la masa. En tal caso, ¿cómo puede un individuo haber hipnotizado a todos los presentes? ¿O acaso hubo muchos que hipnotizaron simultáneamente a los presentes en el mismo sentido? Pero, ¿de dónde provenía entonces la coincidencia de los -muchos hipnotizadores? La apelación a la sugestión nada explica.

---

<sup>1</sup> Le Bon no entiende por una masa organizada lo que se entiende habitualmente (una masa cuya cohesión se mantiene por los lazos de una organización), sino una masa dominada por el mismo espíritu, en contraposición a una multitud de individuos que, animados por los más diversos intereses y motivos, se encuentran casualmente en un mismo lugar.

Y sin embargo no es difícil hallar la explicación si se enfoca el problema no desde el punto de vista de la medicina, sino de la historia; pasando revista a todas las ocasiones en las que las masas actuaron con voluntad uniforme. La voluntad uniforme de la masa surge de las condiciones bajo las cuales únicamente una masa no organizada puede convertirse en una masa actuante. O, dicho de otro modo, cuando no existen las condiciones que despiertan la voluntad uniforme de la masa, ésta no entra en acción.

Si consideramos las ocasiones en las que se produjeron acciones de masas no organizadas, hallamos siempre que las precedieron una serie de poderosos acontecimientos que conmovieron profundamente a todos, hasta que se produjo luego algún suceso que llevó la agitación hasta el punto de ebullición. Esta clase de sucesos son, por ejemplo, el estallido de una guerra, con los continuos padecimientos físicos y morales que ésta acarrea. Si entonces llega la noticia de la pérdida de una batalla decisiva, de que el enemigo marcha hacia la capital, acaso amenazándola con el incendio y el saqueo, entonces ya nadie lo soporta en su casa, todos afluyen excitados para reunirse, desahogar sus corazones y convenir medios para la defensa.

Hemos visto anteriormente que, por razones biológicas, una multitud de seres sociales se excita más fácilmente que los individuos aislados. Pero ahora descubrimos que sólo se produce la formación de una masa desorganizada en una sociedad civilizada cuando los individuos aislados, en sus casas, ya se hallan máximamente excitados. Integrar conjuntamente la masa robustece la excitación, pero no es su causa primera.

Todas las personas que confluyen se hallan aproximadamente organizadas de igual manera, tanto en el aspecto intelectual como en el emocional. Si además provienen de clases iguales o vecinas, si tienen el mismo grado de instrucción, los mismos medios de información, los mismos amigos y enemigos, también resulta evidente que entre ellos se establece una coincidencia de voluntades, principalmente en el sentido negativo. Habitualmente es un gran dolor lo que los reúne, luego de haber sido terriblemente oprimidos durante mucho tiempo. Todos ellos sufrieron bajo las mismas instituciones o personas, se sienten momentáneamente lesionados o amenazados por el mismo adversario. Nada más fácil entonces que su ira se vuelva, sin más trámite, contra los instrumentos y los medios de poder de ese adversario, cualquiera sea la situación histórica que pueda ofrecerse como blanco de su cólera: la monarquía, los aristócratas o la Bastilla.

Por lo tanto, la uniformidad de la voluntad de la masa, al igual que su gran excitación, se explica simplemente a partir de las condiciones históricas bajo las cuales se producen las acciones de las masas no-organizadas. En el fondo, esta coincidencia de voluntades no se basa en ninguna mística o inexplicable sugestión, sino en la ley según la cual iguales causas provocan siempre iguales efectos, que el mismo suceso debe causar la misma impresión a todas las personas normales que viven bajo las mismas condiciones, que debe despertar en todas ellas los mismos pensamientos, sentimientos y deseos.

Por cierto que aunque todas las personas normales se hallan, en lo esencial, igualmente organizadas en lo físico y en lo espiritual, su coincidencia no es total. Inclusive las formaciones materiales, ya sean cristales o las hojas más simples, revelan diferencias individuales. Ningún ejemplar es totalmente igual a otro. Ello vale más aún para ser tan complejo como el humano. Así, también en la voluntad de los diversos individuos pueden formarse diferencias de grado e incluso de sentido. Pero cuanto más numeroso sea el conjunto, así lo demuestra la estadística, tanto más se impone el término medio, tanto más debe determinar también el promedio de las voluntades sobre cualquiera individual. En tal medida podría hablarse ciertamente de una sugestión, pero no de una que someta a la masa, sino, por el contrario, de una que ella ejerce. Cuanto

más claramente ve cada individuo que a todos los que lo rodean los anima una misma voluntad, tanto más influye esa masividad de la voluntad uniforme sobre él, tanto más pierde su independencia, tanto más lo arrastra la masa, no sólo física sino también moralmente, aun cuando aislado y reflexionando con calma arribara a deseos y acciones completamente diferentes,

Pese a que la masa se compone de individuos, a que su acción es el producto de la acción de individuos, cada una se funde en ella por completo de manera que desaparece toda consideración individual, incluso toda consideración del individuo aislado para consigo mismo.

Nace así una voluntad única, que se lanza sin vacilaciones ni retaceos hacia su objetivo, alcanzando una potencia que supera en mucho la que podría resultar de la suma de los individuos que la forman. He ahí las poderosas acciones de masa donde se hallan dadas las condiciones históricas que funden un conjunto inconexo de individuos en un cuerpo homogéneo con *una* voluntad y *un* objetivo.

## II. Las realizaciones de la masa

Una vez que hemos fijado las características de la masa que a pesar de no estar organizada obra uniformemente, no resulta difícil ponerse de acuerdo acerca de qué es lo que puede realizar.

“La masa sólo puede destruir”, declara Le Bon, y cree haberla condenado con ello definitivamente. Pero Kropotkin, el mistificador de la masa, no agrega mucho más en sus análisis de las acciones de masa producidas hasta el presente. Su ideal de masa es aquella que actuaba en la revolución francesa. Resumió su acción en las siguientes palabras: “Por diversos motivos, la idea del pueblo se manifestó principalmente sólo mediante *negaciones*: “¡Vamos, destruyamos los registros donde figuren las cargas feudales! ¡Abajo los diezmos! ¡Abajo Madame Veto (la reina)! ¡Colgad a los aristócratas de los faroles!” Pero ¿a quién entregarle la tierra que queda vacante? ¿Quién asumirá la herencia de los aristócratas guillotinado? ¿A quién se ha de confiarle el poder estatal que cayó de manos de Monsieur Veto, pero que en las de la burguesía se convirtió en un poder muy distinto, pero más terrible que bajo *l’ancien régime*?

Esta falta de claridad de ideas por parte del pueblo acerca de lo que podía esperar de la revolución, fijó su impronta a todo el movimiento... Pero si los ideales del pueblo eran confusos respecto de la construcción, eran en cambio muy claros y definidos en sus negaciones respecto a determinados puntos (I, páginas 12, 13). Kropotkin se diferencia de Le Bon en que atribuye la incapacidad de la masa de crear “positivamente” a su falta de claridad teórica. De haber estado mejor informada, hubiese podido obrar positivamente.

¿Es esto así?

En primer lugar cabe señalar que la ignorancia y la falta de claridad de la masa no es casual. Obsérvese qué hablamos de la masa organizada. Las acciones de las masas organizadas tienen, por su parte, leyes particulares, que no tratamos aquí. Cuando la masa del pueblo no está organizada, ello no se debe a que no requiera organización sino a que no ha descubierto el valor de la organización o que (y esto ocurrirá con mayor frecuencia aún) la presión política y económica le impide organizarse. Tanto en un caso como en el otro, la masa del pueblo vive en condiciones que dificultan su esclarecimiento e ilustración en grado extraordinario. Cuando estas masas entren en acción, serán necesariamente ignorantes y carentes de claridad.

Pero incluso si se diera el caso curioso de que fuese imposible hacerle comprender claramente la situación social, y que al mismo tiempo fuese imposible

organizarla, la acción de la masa se limitaría a la mera destrucción (naturalmente que destrucción no en el sentido físico, sino tomada en el sentido social, como destrucción de instituciones).

En el capítulo anterior hemos visto que la voluntad única de una masa en movimiento no es ningún misterio. Pero lo sería si pudiera manifestarse positivamente. En una masa popular apremiada por una presión insostenible o por grandes peligros, puede surgir fácilmente y sin mucha reflexión la uniformidad del deseo de eliminar a aquellas personas o instituciones que constituyen, para la masa, los vehículos más visibles de esa presión o de esos peligros.

En cambio no es tan sencillo sustituir tal persona o institución por otra nueva. Sobre todo cuando se trata de una institución deben tenerse en cuenta tantos detalles, se requieren tantas consideraciones, que la masa, si quisiera crear, tendría que transformarse de masa actuante en una asamblea deliberativa y resolutive. Pero esto es imposible, aunque sea sólo por razones físicas. Ya en una asamblea de mil personas, con un presidente, secretarios, un reglamento establecido, resulta casi impracticable una deliberación objetiva y profunda. Ningún parlamento del mundo cuenta con tantos miembros. ¡Cómo habría de poder deliberar y resolver, entonces, una masa desorganizada, lo suficientemente numerosa como para poder eliminar a soberanos reinantes e instituciones estatales que acaso comprenda centenares de miles de personas! Siquiera la menor tentativa de lograr una creación positiva de una masa tal debería fracasar aun siendo teóricamente esclarecida y estando totalmente de acuerdo, cosa que debe descartarse en la práctica.

Pero hay más aún. El “trabajo positivo” requiere no sólo un pequeño cuerpo colegiado cerrado de carácter deliberante, sino que también exige tiempo. No es posible dictar una ley nueva o estructurar una nueva organización en el término de algunas horas y sin ninguna preparación.

Pero tiempo es precisamente aquello de lo que carece la masa. Vive al día, y nadie trabaja para ella. No puede estar permanentemente reunida. Tampoco posee una conexión duradera pues no está organizada. Después de unas pocas, horas debe disolverse, ya que las personas que la forman necesitan alimentos, reposo y trabajo para mantener su vida. Y todo ello no lo encuentran mientras se hallen reunidos. Para ello cada cual debe dirigirse a su hogar o al sucedáneo de éste. Pero de esa manera la masa deja de existir, y las ocupaciones, acciones y condiciones de vida individuales recuperan sus derechos reales. Situaciones por completo imprevisibles deciden cuándo y con qué fines volverán a encontrarse esos individuos, en cuanto masa, para la acción conjunta.

En consecuencia, en cada caso particular la masa tiene un lapso de pocas horas para llevar a cabo su acción, que por tanto sólo puede ser destructiva.

Pero esto en modo alguno significa condenar toda acción de masas. Y en especial hay que señalar que aquellos que repudian las acciones de masa no pueden esgrimir en su contra que sus efectos sólo pueden ser destructivos, pues precisamente son ellos, por regla general, los que veneran a una institución creada y mantenida con los mayores costos cuya única finalidad es destruir, y que no puede hacer ninguna otra cosa que destruir: *el ejército*.

Quienes desprecian a la masa ven en el ejército la más augusta institución del estado. Los monarcas son, en primer término, conductores del ejército. Por ello, los patriotas bienintencionados deberían cuidarse de afirmar que una multitud de hombres sólo capaz de destruir debe, por ese solo hecho, ser condenada.

Acaso se responda que el ejército aporta algo positivo por el hecho de defender la patria. Pero incluso haciendo abstracción de que hay que entender por el interés de la patria solamente el de sus explotadores, es posible replicar que también la masa busca

crear hechos positivos del mismo carácter; la masa defiende los derechos del pueblo. Pero ello en nada cambia las cosas, y de eso se trata ahora, de que tanto el ejército como la masa sólo pueden alcanzar sus fines mediante la destrucción. Y en el ejército, por añadidura, la destrucción es exclusivamente el asesinato, el incendio y la devastación física. En cambio la acción de la masa popular a menudo alcanza su objetivo (la eliminación de personas o instituciones aborrecidas) con la mera presión, moral.

No puede decirse en forma definitiva que tales acciones sirvan al progreso social o lo obstaculicen, si son útiles o nocivas. Lo mismo sucede con las acciones bélicas. Seguramente muchas guerras inhibieron el desarrollo social, pero también las hubo que lo estimularon; por ejemplo, las guerras de la República Francesa, anteriormente las guerras de los holandeses contra los españoles, algunas guerras contra los turcos (y no la actual campaña filibustera de los italianos), etcétera.

De la misma manera sería un despropósito dictaminar que las acciones de masa son siempre nocivas porque sólo pueden destruir. Pero tampoco se debe suponer, como lo hacen los adoradores de la masa, que ella, para decirlo con palabras de Kropotkin, “siempre tiene un sentimiento correcto de la situación” y que siempre destruye sólo lo que merece destruirse en interés de la evolución social.

Desde que existe la civilización, la masa del pueblo se halla tan explotada y urgida que siempre tuvo razones para indignarse y alzarse contra personas e instituciones a quienes debía odiar y cuya eliminación debía desear. Pero esto por sí mismo no provoca ninguna acción de masa. En el curso habitual de los hechos históricos, individuos y sectores aislados del pueblo enfrentan desanimados y sin mayores esperanzas a las clases dominantes y sus medios de poder. Pero una acción de masa se produce cuando determinados acontecimientos excitan y movilizan al pueblo ya sea porque la masa es presa del valor que da la desesperación o porque se ha extendido la duda sobre la verdadera fuerza de sus opresores. No surge de ninguna percepción particularmente aguda de la masa, que ni siquiera existe aún como tal y que no puede desplegar sus fuerzas mientras los acontecimientos no hayan arrancado a numerosos individuos de su aislamiento.

Todos los sistemas de gobierno, feudales o capitalistas., conservadores o liberales, estuvieron ligados hasta el presente a la miseria y las privaciones de la masa popular. Bajo cualquiera de ellos, esa miseria puede agudizarse por causa de guerras, malas cosechas o crisis, que conducen a estallidos de rebeldía y acciones masivas contra el sistema gubernamental. Si éste es retrógrado las movilizaciones tendrán un sentido progresista, Si el gobierno es progresista, pueden desarrollar tendencias reaccionarias. Sería adoptar una teleología mística suponer que la masa entra en acción siempre y dondequiera ello sea necesario en interés del desarrollo social, y que su intervención sirve siempre a esa finalidad. Puesto que las masas se hallan siempre oprimidas siempre tienen motivos para volverse contra los eventuales gobernantes, sean quienes fueren éstos y cualquiera sea el sentido en que gobiernen, y puesto que el hecho de su alzamiento depende de condiciones que nada tienen que ver con el carácter progresista o retrógrado del gobernante, las acciones de la masa pueden ser reaccionarias y hasta insensatas, así como bajo determinadas circunstancias pueden convertirse en motores de los más poderosos progresos sociales.

Quienes adoran a la masa sólo ven durante la revolución francesa los fenómenos de esta última especie. Sin embargo, en ese período se manifestaron asimismo fenómenos que atestiguan lo contrario. Nueve años antes de la toma de la Bastilla se produjo en Londres un violento estallido de furia popular que hizo que la capital estuviese durante varios días en posesión de la masa. Este alzamiento, conocido como los disturbios de Gordon, surgió, al igual que el levantamiento de los parisinos, de la



intolerable situación del pueblo. Pero se dirigió sólo contra los católicos a quienes desde 1778 se trataba con crueldad levemente menor que hasta ese entonces. Pero también esta meta se perdió en el curso del alzamiento que finalmente se convirtió en una mera orgía de saqueo y embriaguez que el ejército finalizó de un modo sangriento. No tan insensato, pero sumamente reaccionario reveló ser el tremendo alzamiento popular que estalló en España en 1808. Estuvo dirigido contra los franceses, quienes acababan de poner fin a un mísero régimen de sacerdotes, nobles y cortesanos que arruinaba el país, y que comenzaban a realizar útiles reformas. Ese alzamiento alejó a los reformadores y volvió a ceder el lugar a la vieja ralea reaccionaria. Si se desean ejemplos de movimientos masivos reaccionarios de nuestros días recordemos los pogroms rusos, los linchamientos norteamericanos de negros y japoneses, etcétera.

Vemos que la acción de la masa no siempre sirve al progreso. Lo que destruye no siempre son los más graves obstáculos al desarrollo. También a menudo ha ayudado a encaramarse allí donde triunfara, tanto a elementos reaccionarios como a revolucionarios.

De esta manera nos encontramos con otra desventaja de la acción de la masa. Por cierto que, dadas las circunstancias, logra triunfar, pero jamás consigue recoger ella misma los frutos de la victoria, precisamente porque sólo logra destruir. Así como el ejército puede obtener triunfos, pero debe dejar la fijación de las ganancias bélicas a los tratados de paz realizados por los diplomáticos y estadistas que contemplan cómodamente los sangrientos combates, hasta el presente, también la masa ha estado siempre condenada a sacar las castañas del fuego para otros. Eso se vincula con la circunstancia de que la masa puede luchar, pero no puede como masa elaborar leyes ni administrar el estado. Siempre debe dejar esa tarea a cargo de pequeños grupos que se dedican permanentemente a esas actividades: personas que, en su condición de explotadores, tienen el tiempo libre necesario para ello, o bien representantes o funcionarios pagados expresamente para ello. Por eso, la acción histórica de la masa no depende solamente de su triunfo y del grado en que lo logre, de las personas o instituciones que queden relegadas o eliminadas en virtud de su acción, sino también de la índole de aquellos cuya dominación prepara el triunfo de la masa.

Este resultado determina asimismo la influencia retroactiva de la acción de la masa sobre sí misma o, mejor dicho, sobre los individuos que la componen una vez concluida la acción y, con ella, su existencia como masa. Si quienes ascienden son elementos revolucionarios que se abocan a suprimir situaciones oprimentes, a satisfacer urgentes exigencias de la masa, a impulsar el progreso de la sociedad, despertando las expectativas más optimistas, crean con todo ello una nueva situación en la que el entusiasmo domina a todos aquellos que participaron en la acción.

Más aún, cada integrante de la masa del pueblo comprende entonces con claridad (haya participado o no en la acción) los tremendos efectos de su intervención. Se acrecienta al máximo la conciencia que el pueblo tiene de sí mismo, y de la dimensión de su propia fuerza, crece su interés por la política y adquiere una fácil excitabilidad que lo lleva a repetir la acción en respuesta a los peligrosos atascamientos que amenacen las reformas. La masa del pueblo se acerca entonces a esa imagen ideal derivada de las experiencias de la gran revolución.

Si en cambio la acción de la masa fracasa por su falta de cohesión o la imprudencia de sus objetivos; si su triunfo no allana el camino a elementos revolucionarios, sino reaccionarios; si la acción consolida la situación imperante en vez de modificarla, entonces la sensación de impotencia y la vacilación hacen presa de los individuos del pueblo; el desánimo, la desesperanza, la apatía hacen que durante un lapso prolongado ni los estimulantes más poderosos influyan sobre ellos.

En consecuencia, los efectos y las formas de manifestarse de la acción de la masa pueden ser de la más variada especie. Es difícil evaluarlas, de antemano, pues las condiciones de las que dependen son muy complejas. Casi siempre sus efectos superan todas las expectativas, o bien son decepcionantes.

Ya hemos señalado que no es una percepción particularmente aguda de la masa lo que provoca su acción, sino la concurrencia de determinadas condiciones especiales. No es posible crear artificialmente dichas condiciones, y no siempre se producen cuando sería oportuna una acción de la masa. Muchas de estas acciones se produjeron cuando era mayor el daño que causaban que la utilidad que podían prestar, y otras veces no se produjeron cuando más necesarias hubiesen sido.

Como hemos visto, Kropotkin afirmó (y ya otros lo hicieron antes que él) que durante la revolución francesa el pueblo juzgó siempre correctamente su situación. Pero unas pocas páginas antes de formular esta afirmación, él mismo debe comunicar que desde el 17 de julio de 1791 hasta la primavera de 1792 la masa permaneció inmóvil, dejando en libertad a la reacción o, mejor dicho, a la burguesía, hasta el punto que Danton, Marat y muchos otros desesperaban ya de la revolución. Kropotkin lo explica afirmando que el pueblo estaba maniatado por sus líderes. Pero tampoco más tarde éstos quisieron saber nada de la acción de la masa. Si desde 1791 hasta 1792 no se produjeron grandes acciones de masas, ello se debió en gran parte a que los factores que las habían provocado en 1789 habían sido temporariamente eliminados: el hambre y la amenaza de la contrarrevolución armada. Las cosechas de 1789 y 1790 habían sido abundantes, y nada ponía en peligro a la Asamblea Nacional. Las tareas de la asamblea legislativa parecían promisorias para el pueblo. Lo que volvió a poner en movimiento a la masa en 1792 no fueron sus “líderes” sino la guerra que se había declarado en abril de 1792.

Por otra parte, cuando el 9 de Termidor (27 de julio) Robespierre fue derrocado por la contrarrevolución burguesa, la masa volvió a fracasar. A partir de ese momento comenzó el ocaso del régimen pequeñoburgués-democrático.

Y tal como ocurrió entonces siguió ocurriendo con frecuencia, como últimamente durante la revolución rusa. En el momento decisivo en que la revolución era acechada por el peligro de la contrarrevolución, el llamado a las masas formulado por los revolucionarios para que declarasen la huelga (diciembre de 1905) no tuvo eco suficiente precisamente en el centro del movimiento, en Petersburgo. Una acción de las masas desorganizadas es un suceso elemental que puede pronosticarse con algunas probabilidades cuando se han descubierto sus condiciones de surgimiento dentro de un período dado, pero que no puede provocarse a voluntad ni tampoco puede esperarse con plena certeza para un momento fijado de antemano. Los partidos opositores pueden disponerse en tiempos de gran agitación de las masas populares a explotar una eventual acción de la masa. Pero nueve veces de cada diez naufragarán tristemente si estructuran su política sobre la esperanza de una acción semejante en un momento determinado o si se comprometen públicamente a provocarlo.

La imprevisibilidad de las acciones de las masas no organizadas a menudo ha resultado fatal para movimientos y partidos opositores, y especialmente revolucionarios. Y sin embargo precisamente en ello se basa el poderío de tales acciones y la posibilidad de su triunfo, pues los medios de poder físico de la masa son escasos por regla general, y en modo alguno se hallan a la altura de los del gobierno. La masa logra el triunfo allí donde la homogeneidad y el vigor de la *voluntad* se revela como superior, allí donde se topa con la inseguridad, el aturdimiento y el miedo. La masa provoca esas condiciones en un gobierno ya moralmente debilitado mediante la sorpresa y la potencia de su intervención, igualmente inesperada para amigos y enemigos.

Cuando el gobierno no resulta sorprendido por la acción de la masa (y éste será el caso en casi todas las acciones de masa que no sean espontáneas, sino preparadas) o peor aún, cuando el mismo provoque una acción de esa naturaleza, sus instrumentos de poder alcanzarán, por regla general, para abatir la lucha de las masas. Es un antiguo recurso de los gobiernos que se sienten amenazados por un creciente movimiento del pueblo provocar su alzamiento mediante medidas de represión violenta, para luego ahogarlo en sangre. Siguiendo esta receta se provocó en 1848 la batalla de junio. También Bismarck tenía la intención de lanzar a la socialdemocracia alemana a luchas callejeras, cuando fracasaron todos los demás recursos para detener su ascenso. Pero no es tan fácil inducir a acciones masivas desorganizadas al proletariado alemán como al de otras naciones. En parte es por eso que el ascenso de nuestro partido no se ha visto interrumpido por ningún período prolongado en virtud de ninguna derrota decisiva, tal como les ocurrió una y otra vez a los movimientos socialistas de otros grandes países.

Sin embargo sería un error deducir de aquí que todo partido opositor deba repudiar por principio, bajo todas las circunstancias, cualquier acción de la masa desorganizada. Aunque su movilización muy a menudo sea inoportuna, y que otras veces no se produzca cuando sería necesaria tanto su realización como su omisión no dependen en absoluto de nuestra aprobación. Cuando se dan sus condiciones se produce ineludiblemente, sin tener en cuenta si los gobiernos o los revolucionarios decretan que deba suprimirse toda acción de masas. No es posible dirigir discrecionalmente los sucesos elementales. Nada más cómico, por ejemplo, que la discusión sobre el camino por el que nosotros, los socialistas, hemos de conquistar el poder político, si por el voto universal, por el parlamento o mediante acciones de masas. ¡Como si dependiese de nuestras preferencias! Del mismo modo podríamos debatir si mañana ha de caer granizo, o no.

En cambio, otro problema digno de discusión es si las condiciones de las cuales surgieron, temporariamente las acciones de masa en el pasado aún subsisten y si prometen seguir subsistiendo; si, por el contrario, van en camino de su desaparición o si han cesado de existir por completo. En suma, la cuestión no es si *queremos* la acción de la “calle”; la cuestión es si podemos *esperar* que vuelva a desempeñar un papel histórico.

Este problema no puede resolverse con un par de palabras. Nos ocuparemos de él en un artículo final.

### **III Las transformaciones históricas de la acción de masas**

Nuestros puntos de vista acerca de la naturaleza y las realizaciones de la masa los hemos extraído de la historia. Esa es la única manera de estudiarla.

Pero nuestra sociedad se halla en un constante y rápido cambio. Lo que valía ayer, hoy ya puede ser erróneo. Y si la experiencia histórica nos ofrece el único medio para investigar los factores sociales y políticos, nosotros, antes de aplicar en la práctica los resultados de tales experiencias, debemos investigar si no se han modificado las relaciones de la experiencia histórica. Esto vale también para el tema que aquí nos ocupa, el de la acción espontánea de las masas desorganizadas.

Hay dos factores que se modificaron considerablemente durante los últimos cuarenta años y que dificultan en sumo grado las acciones de masas: uno es el de las transformaciones de los dispositivos militares, y otro el de la concesión de derechos populares. Los dispositivos bélicos modernos en Europa datan de las guerras de 1866 y 1870. Pero precisamente entonces la masa del pueblo conquistó derechos permanentes en la mayor parte de los países. En 1867 se concedió el derecho del voto universal e

igualitario en la Liga Alemana del Norte, y poco después en el Imperio Alemán. Al mismo tiempo llegó el derecho de coalición y la libertad de asociación y reunión. Hacia 1867 alcanzó predominio en Austria un régimen liberal. Por la misma época una gran parte de los trabajadores ingleses obtuvo el derecho del voto, en 1870 se derrocó el imperio en Francia, se proclamó la república, y se estableció en Italia el estado unitario.

Con todo ello se crearon nuevas condiciones que eran totalmente desconocidas cuando las acciones de masa, desorganizadas y espontáneas, que acabamos de considerar, ejercieron sus grandes influencias históricas. ¿Son posibles hoy, y tienen perspectivas, esta clase de acciones?

Ese es el problema.

Ya en su muy frecuentemente citada introducción a *Las luchas de clases* en Francia de Marx, Engels señaló las transformaciones de los dispositivos militares: el poder destructivo de las armas de fuego ha crecido enormemente y el empleo de armas para la lucha se ha convertido, más que nunca, en un monopolio del ejército. El trazado de las ciudades modernas con sus calles anchas y rectas, imposibilita la lucha de barricadas, y los ferrocarriles posibilitan un rapidísimo agrupamiento de grandes masas de tropas.

Pero con todo ello, Engels sólo quería demostrar la imposibilidad de un levantamiento armado y no de cualquier acción de masas, ya que el alzamiento armado es sólo una de sus formas, aunque la más decisiva y eficaz. También el efecto moral de las acciones masivas pacíficas, de las simples manifestaciones disminuye considerablemente si el gobierno está siempre seguro de poder dispersar por la fuerza de las armas las manifestaciones que se le tornen incómodas.

Este desarrollo del aparato militar restringe seguramente el papel histórico de las acciones de masas, pero no lo suprime por completo. Y para Engels, toda restricción era transitoria.

De allí concluía: “La época de los golpes de mano imprevistos, de las revoluciones llevadas a cabo por pequeñas *minorías* conscientes al frente de masas inconscientes, ha pasado”. Muy diferente es la cuestión cuando la gran mayoría se halla en el bando de la revolución. La misma evolución ocurrida desde 1860 y 1870, que convirtió al ejército en irresistiblemente superior a la barricada, también lo transformó internamente, imponiendo el sistema prusiano del servicio militar obligatorio en casi toda Europa y abreviando su duración. El soldado se acerca más al pueblo y cada vez es más difícil utilizarlo contra éste. Cuanto más henchido esté el pueblo dé ideas revolucionarias, menos podrá emplearse a los hijos del pueblo, vestidos de uniforme, con fines policiales.

Por otra parte desaparece la ventaja de un rápido transporte de tropas por parte del ferrocarril allí donde la acción de masas no se limita a localidades aisladas del país, sino que ocurre por doquier.

En suma, Engels pensaba que la revolución volvía a ser posible, y que, más aún, se haría irresistible y superaría a los poderes imperantes en la medida en que la gran masa de la población en todo el país tuviese ideas revolucionarias. Hasta entonces debía mantenerse el crecimiento del movimiento, evitando toda prueba de fuerzas decisiva; tal era la conclusión que extraía de sus concepciones.

Esa concepción no declara como carente de perspectivas a cualquier acción de masas, sino solamente la lucha de barricadas por un tiempo previsible. Inmediatamente antes de morir Engels surgió una nueva forma de acción de masas mucho más enérgica que todas las demás, salvo la lucha de barricadas, y que bajo condiciones favorables ya ha logrado éxitos enormes: la huelga de masas.

El desarrollo del militarismo no elimina, pues, las condiciones para las acciones de masas, sino solamente para una de sus formas exclusivamente, eso sí, la más poderosa de todas.

Algunos consideran que el cese de las acciones desorganizadas de las masas se debe más a la adquisición de los derechos populares que al militarismo. La organización de grandes masas de la población, en asociaciones políticas y gremiales realiza rápidos progresos. Cada vez es mayor la parte del pueblo que se halla unida en organizaciones permanentes, y con ello se restringe el terreno de los estallidos espontáneos de la masa popular desorganizada.

Esto es correcto. La acción de las masas organizadas difiere por completo de la de las masas desorganizadas. Prevista y dirigida planificadamente, establece de antemano sus objetivos y los medios para su logro. No elimina por completo lo inesperado, pero, lo limita a un mínimo. De esa manera introduce una mayor permanencia en las luchas de las clases inferiores, evita derrotas aniquiladoras, aunque desde luego ya no puede registrar triunfos tan brillantes como la acción espontánea de la gran masa popular desorganizada. Pero logra explotar plenamente todos sus triunfos, pues en contraposición a la masa no organizada, la que sí lo está tiene sus órganos, representantes y funcionarios, que obran permanentemente y retienen el triunfo, mientras que la masa no organizada debe dejar siempre en manos ajenas el aprovechamiento de sus victorias.

El crecimiento de las organizaciones proletarias modifica, por consiguiente, el carácter de las luchas políticas y económicas de la masa en sumo grado. Pero no cabe esperar que pueda lograr la supresión total de las condiciones de las acciones de masas desorganizadas y espontáneas.

Ya hemos visto al comienzo de nuestra exposición que el número de los organizados, a pesar del rápido crecimiento de las organizaciones, sigue siendo una pequeña fracción de la masa total del pueblo, y que inclusive luego de duplicar y triplicar su extensión sólo constituirían una minoría.

Ni siquiera puede pensarse en organizar la masa total de la población en un lapso previsible; probablemente ni siquiera se llegue a ello dentro del modo de producción capitalista, pues el capital busca siempre oponer nuevos ejércitos de trabajadores. Inaugurar siempre renovados campos de reclutamiento de obreros no organizados. La población rural aún los suministra en cantidad, y además se recurre en proporción cada vez mayor a obreros extranjeros. Por otra parte crece la presión ejercida sobre distintas categorías obreras, como por ejemplo sobre la creciente cifra de los trabajadores de empresas estatales, que dificultan al extremo su organización.

Por cierto que los organismos políticos y gremiales del proletariado aún distan mucho de haber llegado al límite de su crecimiento. En realidad no existe tal límite. Capas obreras cuya organización parecía imposible aún ayer, pueden lograr hoy, mediante algún movimiento inesperado, una sensación de fuerza tal que los capacite para convertirse en una organización poderosa y duradera. Pero en general puede decirse que las dificultades para conquistar nuevos territorios para la organización de la masa popular crecen tanto más cuanto mayor sea el número de territorios ya conquistados. Tanto mayor es la resistencia del capital y del estado capitalista, a quienes amedrenta el crecimiento del enemigo y quienes emplean recursos cada vez más poderosos de terrorismo o de corrupción para inhibir sus progresos. Pero tanto menor es también la energía y combatividad en los terrenos que quedan aún por conquistar. Está claro que son las capas más vigorosas y combativas de los trabajadores quienes se organizan en primer término. Cuanto mayor tiempo permanece inaccesible un estrato a la organización, tanto más débil y desanimado estará, y esta debilidad y desánimo no

son causas, sino asimismo efectos de la falta de organización. Pues cuanto más se fortalece el capital, tanto más profundamente degrada a todos aquellos elementos proletarios que no logran organizarse.

Por otra parte cabe observar que la influencia de una organización proletaria no se limita a sus miembros. Precisamente en relación con las acciones masivas ejerce una influencia que trasciende en mucho ese círculo. El efecto puede ser de doble naturaleza. Puede ocurrir que los organizados no se preocupen en absoluto por los no organizados o, más aún, que levanten un impenetrable muro divisorio entre unos y otros. De esa manera quitan a los elementos no organizados los últimos restos de fuerza y conciencia que poseían. Las acciones espontáneas de estos últimos elementos se reducen entonces a aislados e impotentes estallidos de desesperación. Así ocurrió durante un tiempo en Inglaterra.

De otro modo proceden los elementos organizados con ideas socialistas, donde representan los intereses de clase de todo el proletariado, y no sólo sus limitados intereses profesionales. En esos casos, los organizados tratan de elevar a los desorganizados, a capacitarlos para nuclearse y a sumarse a sus acciones. También este método se opone a los estallidos masivos espontáneos, pero no porque las masas desorganizadas sean incapaces de toda acción, sino porque cada acción, aunque participen en ella elementos no organizados, parte de la decisión y cuenta con la dirección de los organizados, y está embebida del espíritu de su disciplina, que es el mejor método para acercar a la organización a los elementos dispersos.

Sin embargo, por grande que sea el porcentaje de elementos organizados y por poderosa que sea su influencia sobre la población, ello no imposibilitará las acciones masivas espontáneas en las que la organización como tal no tiene importancia, por muchos elementos organizados que participen en ellas.

En lo principal, la organización intervendrá en los casos previstos. Cuanto más vasta sea y mayor número de afiliados abarque en todo el país, tanto más lento será su mecanismo, con mayor dificultad entrará en acción si acontecimientos súbitos e inesperados provocan una intensa agitación en la población y urgen acciones inmediatas. En semejantes situaciones reaparecen las condiciones para las acciones masivas espontáneas, que en determinadas circunstancias pueden barrer con todo un sistema de gobierno. El terreno favorable para ello lo brinda una guerra, que declara permanente lo inesperado e incalculable. Sin embargo, también una huelga gigantesca que paralice toda la vida social, puede provocar enormes sorpresas de la noche a la mañana. En tales casos las autoridades no hacen sino echar leña al fuego si disuelven las organizaciones proletarias que les parecen peligrosas y encarcelan a sus dirigentes. Antes aún alcanzará la acción de masas el carácter de una acción espontánea y desorganizada, que se transforma fácilmente en revolucionaria.

Por lo tanto, el crecimiento de las organizaciones proletarias no elimina en forma definitiva la posibilidad, siquiera hipotética, de acciones masivas espontáneas en gran escala, sino que solamente la restringe considerablemente en tiempos normales.

Y otro tanto vale para el derecho del sufragio universal. También éste obra contra las acciones masivas espontáneas, ya que da a las masas la oportunidad de proceder, de una manera legal y reglamentada, con la mayor eficacia y sin peligro para sí ni para otros, contra todas aquellas instituciones y personas políticas por las que se siente oprimida.

Esta afirmación también contiene gran parte de verdad. Sin embargo, ese factor, al igual que la organización, sólo será una restricción para las acciones masivas espontáneas, pero sin suprimirlas. Y el derecho electoral mucho menos aún que la organización puede tornar superfluas las acciones espontáneas en situaciones repentinas

e inesperadas. Si una organización gigantesca, dadas las circunstancias, no puede disponer de una consigna preparada, en forma inmediata para cualquier acontecimiento del *día* o inclusive de la *hora*, hay que excluir de antemano la posibilidad de que el derecho electoral exprese cualquier agitación de las masas en el *año*. Los períodos electorales son prolongados, la disolución de los cuerpos representativos en el ínterin está en manos de los gobiernos, y éstos se cuidarán de utilizar sin necesidad las épocas de mayor efervescencia popular para convocar a los votantes. En los lapsos que median entre las elecciones, el derecho del voto universal no suprime en modo alguno el impulso hacia las acciones de masas.

Pero el derecho del voto, tal como existe en los países modernos, no concede a la masa total de la población ni siquiera durante las elecciones la oportunidad de poner su voto en el platillo de la balanza. Las mujeres, que por regla general desempeñan un papel sumamente enérgico en las acciones masivas espontáneas, aún se hallan excluidas del derecho a votar en todas partes, con excepciones aisladas. Sin embargo, también una gran parte de los hombres carece de él. En Inglaterra, el derecho a votar todavía es limitado y el radicalismo burgués, a pesar de sus bonitas palabras, no piensa en ampliarlo. Los sectores más pobres de la población están excluidos del derecho del voto. En toda Gran Bretaña sólo lo poseía, en 1906, el 16,64% de la población, mientras que en Alemania lo tenía el 22. Si Inglaterra poseyera el mismo sistema electoral que rige las elecciones parlamentarias en Alemania, contaría con 9.600.000 votantes en lugar de 7.300.000, es decir, con 2.300.000 votantes más. Ese es el número de hombres excluidos de las elecciones, quienes en las acciones masivas en la calle seguramente no se cuentan entre los últimos en participar.

Sin embargo, tampoco en las elecciones para el parlamento alemán puede participar cualquier hombre que intervendría en una acción de masas. El derecho del voto no es sólo sumamente desigual en beneficio del proletariado industrial y en virtud de la creciente diversidad del número de votantes de las circunscripciones electorales, sino que también excluye del derecho electoral a gran parte de la población masculina. Mientras que en Inglaterra, por ejemplo, la edad para votar comienza luego de cumplidos los 20 años, la constitución alemana la estipula en los 24 años.

En 1900, la estadística nacional alemana contaba 2.028.096 hombres entre los 21 y los 25 años. Desde entonces su número ha crecido considerablemente. Es principalmente el proletariado industrial el que resulta perjudicado por su exclusión del derecho electoral. En el censo de 1907, de cada 10.000 trabajadores del sexo masculino había 887 en la agricultura y 1.314 en la industria entre los 21 y los 25 años. En cambio, en la agricultura había 7.089 trabajadores sobre 10.000 mayores de 25 años, mientras que en la industria dicha cifra era de sólo 6.774.

Más grave aún se torna la relación si comparamos no la industria y la agricultura, sino a los trabajadores independientes con los asalariados. De cada 10.000 trabajadores independientes del sexo masculino (en la agricultura, la industria y el comercio), 159 tenían entre 21 y 25 años, mientras que de 10.000 trabajadores asalariados del sexo masculino tenían dicha edad 1.501, es decir una relación casi diez veces mayor. Las cifras absolutas son más drásticas aún. De los trabajadores independientes del sexo masculino, había 70.555 entre los 21 y los 25 años. De los trabajadores asalariados del sexo masculino eran 1.712.981, vale decir casi 24 veces más.

Además de estos estratos de la población excluidos del derecho electoral deben considerarse también los extranjeros que no participan en el acto eleccionario, mientras que no puede excluirse de acciones de masas en la calle. Su número es particularmente elevado en el país más democrático de Europa, en Suiza, donde ya en

1912 constituían casi el 12 por ciento de la población, y el 15 por ciento en 1910. Donde mayor es su número es en las grandes ciudades. En Zúrich ascendían en 1909 a casi un *tercio* de la población. Y su número crece rápidamente. En 1888 aún no llegaban allí a una cuarta parte de la población (22%) Y entre ellos predomina si elemento masculino. Si en 1909 los extranjeros en general constituían el 32,67% de la población, los del sexo masculino constituían el 34,58% de la población, del mismo sexo. Más de una tercera parte de los hombres de Zúrich se hallan excluidos del derecho electoral, casi exclusivamente trabajadores industriales asalariados. Mayor aún que en Zúrich es el número de extranjeros en Basilea (38% en 1910) y en Ginebra (41% en 1910). Bajo tales circunstancias se comprende por qué, en las elecciones, la población trabajadora de Suiza no se hace sentir ni se manifiesta tan poderosamente como en sus acciones masivas en la calle, como por ejemplo en los desfiles del 1° de Mayo.

Sin embargo, aun si se lograra obtener una ley electoral que concediese el derecho del voto a todos los habitantes adultos del país, sin distinción de sexo ni de origen, ello no bastaría aún para que el proletariado pueda desplegar todo su poderío.

La fuerza del proletariado reside en su gran número, en su masa. Unido despliega al máximo la conciencia de sí mismo. Aislado, el proletario se siente más débil, es más fácil influir sobre él. Pero a la urna electoral se acerca como individuo. En ese acto es mucho más fácil intimidarlo o sobornarlo que durante una acción de masas, si la pertenencia a una organización poderosa le confiere sensación de fuerza y asidero moral. El voto secreto atenúa en algo este inconveniente, pero no lo suprime del todo, como lo demuestran las experiencias de Norteamérica, de Inglaterra y de Francia. También en Alemania tenemos nuestra historia en materia de terrorismo electoral. Si bien en las elecciones parlamentarias la corrupción electoral no desempeña aún un papel tan importante como en otros países más democráticos, ello sólo se debe a la impotencia del parlamento. Pero por todas partes crecen los esfuerzos de las clases poseedoras por inhibir, por todos los medios de intimidación, extorsión, mentira y corrupción, la corriente de las masas hacia la socialdemocracia, sometiendo sólo a los más débiles, ingenuos o timoratos. Ello no imposibilita las victorias electorales de la socialdemocracia: por el contrario, las torna cada vez más gloriosas e impresionantes, ya que la magnitud y significación del triunfo no se mide según el botín que conquista el vencedor, sino según el poderío del enemigo a quien ha debido superar.

Pero cuanto más crecen los esfuerzos de nuestros adversarios por falsificar los resultados electorales mediante la argucia y la violencia, tanto menos expresan el número de votos y los mandatos que obtiene la socialdemocracia el poderío del que dispone el proletariado, y mayor importancia adquieren para ponerlo de manifiesto las acciones espontáneas de masas.

Los proletarios que se dejan usar como rompehuelgas o que votan contra la socialdemocracia no lo hacen porque estén satisfechos, porque les vaya bien, ni porque quieran mantener las condiciones imperantes, sino porque son demasiado débiles, porque no creen en sí mismos ni en su clase, porque creen que por el momento llegarán más lejos agachándose, y porque no comprenden la significación de las acciones del partido y el sindicato. Precisamente esos elementos, que aún no han sido esclarecidos, a quienes una organización aún no les ha brindado sostén, son, por regla general, los más oprimidos y maltratados. Si llegan a encontrarse en una acción de masas que les confiera la sensación de poderío y que esté directamente dirigida contra alguna institución o persona que los oprima, no sólo intervendrán fácilmente, sino que serán los más inclinados al éxtasis.

Por eso, en momentos de gran agitación nacional, las acciones masivas espontáneas son capaces, en grado mucho más elevado que una campaña electoral, de



unir toda la masa del pueblo trabajador, organizado y desorganizado, electores y no electores, socialdemócratas y adláteres de partidos burgueses, en una sola falange, grande y poderosa.

Por supuesto que ello sólo puede ocurrir si dichas manifestaciones abarcan todo el país. Hasta ahora, ello prácticamente nunca se dio. Las grandes acciones de masas que produjeron consecuencias históricas entre 1789 y 1871 siempre estuvieron limitadas a lugares determinados, por regla general a la capital.

En los grandes estados modernos, la acción electoral, en casos de existir el voto universal, es la primera acción simultánea de todo el pueblo en todo el país. Por mucho que haya numerosos proletarios excluidos aún de esta acción, antes nunca se dio el caso de una masa tan grande que se haya puesto en movimiento por algún acto de otra índole, en forma simultánea. Sin tener en consideración los derechos que la ley concede a los votantes y que asignan a su acción mayor o menor significación política, este solo hecho ha bastado para convertir durante las últimas décadas a la lucha electoral en la acción de masas más poderosa del proletariado, y seguirá siéndolo, salvo esos raros momentos en que las masas de todo el pueblo y en todo el país se agitan hasta llegar al punto de ebullición en virtud de algún suceso, siempre que una campaña electoral no pueda prevenir la explosión obrando como válvula de seguridad. Además de las comunicaciones modernas es precisamente el voto universal el que crea las condiciones de esta clase de amplias acciones de masas, despertando el interés político incluso en los rincones más apartados del país y fomentando la fusión de grandes masas en un dilatado organismo partidario, que abarque todo el país, en el cual se hayan superado tanto las separaciones particularistas como gremiales y que posea máxima influencia sobre la masa total de los votantes.

Ello posibilita acciones masivas espontáneas de unas proporciones y una pujanza inauditas hasta la fecha.

Por lo tanto, el derecho del voto universal no elimina las posibilidades ni el impulso hacia las acciones masivas. Al igual que las organizaciones de las masas, sólo puede reducir el terreno para algunas acciones de esta índole, disminuir el número de ocasiones que llevan a ellas, pero no puede eliminarlas por completo.

Sólo podría producirse una eliminación total de las acciones masivas espontáneas con la condición de que el derecho del voto universal y la organización proletaria lograsen eliminar la causa fundamental que impulsa, en el modo de producción capitalista, a esta clase de acciones de masas: la tendencia al empobrecimiento de las masas, que obra ininterrumpidamente, de modo que sólo se requieren grandes ocasiones estimulantes para que, en violentas movilizaciones, traten de sacudirse la presión que pesa sobre ellas. El modo de producción capitalista engendra necesariamente en la clase de los capitalistas el impulso a oprimir cada vez más a la masa del pueblo, a pauperizarla, como reza la palabra que se ha acuñado para ello. Necesariamente se origina la acción contraria del proletariado: la lucha contra la miseria. En ello se basa la inevitabilidad de la lucha de clases, que se hace tanto más encarnizada cuanto mayor es su duración, cuanto más combativos se tornan los adversarios en la lucha y en virtud de ella, y cuanto mayores se hacen las diferencias en su posición social, cuanto más se elevan los capitalistas sobre el proletariado por la creciente explotación.

No siempre crece realmente su miseria en este proceso, pero sí lo hace siempre su irritación, su necesidad de liberarse de la presión que experimenta en forma cada vez más dolorosa.

Sin embargo, el modo de producción capitalista también engendra determinadas situaciones en las que la miseria de la masa popular se agudiza, Esas son situaciones en

las cuales convergen todas las condiciones para las grandes acciones de masas, y bastante a menudo éstas estallan insospechadamente, de la noche a la mañana. Esta clase de situaciones críticas se crean por la extensión de la desocupación, la presión impositiva, la carestía y la guerra.

Si durante las décadas posteriores a 1871 las acciones espontáneas de masas no desempeñaron un papel histórico de la misma magnitud que durante la centuria precedente, ello no se debió exclusivamente a que en aquel entonces se concedieron a las masas populares de toda Europa occidental derechos políticos y las posibilidades de la organización. Sobre todo dependió de las peculiares condiciones económicas que se produjeron a partir de entonces y que durante un tiempo pudieron despertar la creencia de que estarían completamente superadas las tendencias pauperizantes del modo de producción capitalista y las causas particulares de la agitación de las masas: la carestía, la crisis y la guerra.

Poco después de 1871 se inició la competencia rusa y ultramarina en materia de comestibles, que hizo descender los precios. Esto aún resultó paralizado durante las décadas de 1870 y 1880 a causa de la terrible crisis imperante por aquel entonces, que también provocó disturbios en diversos países: tumultos en Viena en 1884, las luchas por Trafalgar Square en Londres en 1887, etc. Con el comienzo de la última década del siglo pasado comenzó entonces una era de prosperidad, sólo interrumpida por crisis de breve duración, que produjo un aumento de los salarios, al descender los precios de los alimentos o simplemente dejando de aumentar. Y de esa manera Europa quedó, durante cuarenta años, totalmente al amparo de los horrores y devastaciones de una guerra.

Todos sabemos ahora que esta era no había sido el comienzo de una transformación duradera del capitalismo hacia formas menos opresivas, sino sólo un breve interludio, provocado por la concurrencia de diversas circunstancias, y que desde hace algunos años ha vuelto a ceder su lugar a todos los horrores del sombrío drama de la explotación capitalista.

La causa principal de la aparente atenuación desde 1871 la había constituido la extensión de la red ferroviaria en los Estados Unidos, con lo cual un inmenso territorio de suelo virgen quedaba abierto al mundo del capitalismo, territorio en el cual no tenía aun prácticamente vigencia la propiedad privada del suelo. Esta atenuación del capitalismo no podía, empero, durar eternamente bajo la dominación de éste. Actualmente, casi todo el suelo es propiedad privada en los Estados Unidos, y con ello ha recuperado su plenitud de derechos la tendencia pauperizante del capitalismo.

Desde hace una media docena de años, los precios de los alimentos se hallan en constante aumento, y ese aumento amenaza con ser permanente.

El efecto acrecentador de los precios de la propiedad privada de la tierra en Norteamérica se intensifica aún más por las consecuencias de su agotamiento por cultivo intensivo en Rusia y Norteamérica, por la multiplicación de las asociaciones de productores y comerciantes, quizás también por el revolucionamiento de la producción del oro. Los progresos técnicos y el descubrimiento de nuevos yacimientos auríferos hicieron descender los costos de producción, y por ende el valor del oro, posiblemente con mayor rapidez que el valor de los alimentos, puesto que la productividad de la agricultura sólo asciende lentamente como consecuencia de los obstáculos acarreados por la propiedad privada del suelo, la conservación de las explotaciones en pequeña escala, técnicamente atrasadas, y el éxodo de trabajadores rurales. Si a ello se agregan aún las crecientes tasas protectoras así como los aumentos impositivos de los últimos años, entonces habremos reunido en forma aproximada las causas de la carestía. Todas ellas son de naturaleza permanente. Las clases dominantes no renunciarán voluntariamente a las tasas agrícolas ni a los aumentos impositivos, ya que son la

consecuencia necesaria de la fiebre imperialista colonial y armamentista que se ha adueñado del capitalismo.

Durante los últimos cuarenta años éste se ha convertido en amo de todo el mundo; numerosas industrias nacen fuera de Europa, vuelven a crecer las crisis y se torna cada vez más intenso el impulso de los diversos países industriales por asegurarse mercados, territorios de influencia y proveedores de materias primas; por una parte nace la moderna política aduanera, y por la otra el imperialismo, la carrera armamentista naval, el crecimiento de la presión impositiva, un ininterrumpido peligro de guerra que el despertar de Oriente acrecienta más aún.

Esto no hace más que intensificar las contradicciones y luchas de clases, con ello vuelven a surgir también las condiciones para enormes acciones masivas espontáneas. Es una particular ironía de la historia el que este nuevo período de acciones masivas en Europa occidental lo inaugurase este año Inglaterra, el país al cual, por su organización proletaria y sus derechos democráticos, se le creía más a salvo que cualquier otro de esta clase de acciones, y que en este sentido elogiaban como modelo todos los admiradores de una evolución pacífica.

La guerra y la carestía habían sido las dos grandes palancas de las acciones masivas en la revolución francesa. La carestía y el peligro de guerra, quizá pronto la propia guerra de una manera más devastadora aún que hace cien años, han vuelto a convertirse en el signo de nuestra época. De esa manera, las acciones masivas espontáneas prometen volver a desempeñar un gran papel histórico. Si ello se produce, el desarrollo político y social perderá considerablemente su estabilidad, volverá a proceder por saltos, a tornarse impredecible; podrá traernos enormes y sorprendentes triunfos, pero también, al menos temporariamente, dolorosas derrotas.

Pero por muy poderosas que podamos imaginarnos las acciones masivas que pueden surgir de esta situación, ya no tendrán el carácter que tenían anteriormente. Los cuarenta años de derechos políticos populares y de organización proletaria no pueden haber pasado sin dejar huellas. El número de elementos organizados y esclarecidos de la masa se ha vuelto demasiado grande como para no hacerse sentir incluso en los estallidos espontáneos, por muy súbita que sea la aparición de éstos, por muy poderosa que sea la irritación de la cual provienen, y por mucho que en ellos se halle excluida toda dirección planificada.

Parece descartarse que esta clase de estallidos vuelvan a asumir jamás, en los países con una socialdemocracia fuerte y con sindicatos poderosos, un carácter insensato o reaccionario, como por ejemplo los disturbios de Gordon en la Inglaterra de 1848 o el alzamiento español de 1808. Inclusive en Rusia, el proletariado de ideas socialistas impidió ya en 1905 los pogroms en todas aquellas partes donde dominaba. Sólo resultaron posibles allí donde la revolución había sido derrotada.

Pero no sólo en la fijación del objetivo, sino también en la conformación de los métodos de acción debe hacerse valer enérgicamente la influencia de los elementos organizados y superiores sobre las masas desorganizadas, impulsadas solamente por sus instintos y necesidades, haciéndolas abstenerse de acciones sin objetivo y de comienzo sin perspectivas, advirtiéndolas frente a trampas tendidas y arteras provocaciones, y haciéndolas interrumpir su acción a tiempo, cuando amenaza el fracaso.

Podemos esperar entonces que los fracasos que tan a menudo les están deparados a las acciones masivas espontáneas, no asuman ya formas tan aniquiladoras como ocurría anteriormente en la mayoría de los casos.

Si a pesar de ello sobreviene la derrota, entonces los obreros a quienes su vida en la organización los ha educado para la reflexión, la disciplina y la confianza a su causa, sabrán sobrellevar con mayor entereza el fracaso, en retirada ordenada, sin pánico ni

desesperación, para volver a reunirse y comunicarse a breve plazo. También esto debe influir sobre la masa desorganizada y aumentar su sostén moral.

Pero si la acción masiva triunfa, si se manifiesta con una potencia tan avasalladora, con un furor tan grande de las masas, con una amplitud tan descomunal y tan sorpresivamente frente a una situación desfavorable de nuestros adversarios, que sus efectos sean irresistibles, entonces la masa puede aprovechar ahora el triunfo de una manera totalmente diferente al pasado. Ya hemos señalado que los triunfos de la masa organizada, en contraposición a los de la no organizada, no son efímeros o logrados para otros, que tiene sus órganos, sus diputados y funcionarios, quienes, mediante convenios, leyes, etc., fijan el triunfo para ella. Pero los intereses de la masa organizada y de la no organizada son los mismos. Los órganos de la socialdemocracia y de los sindicatos animados por un espíritu socialista y no de corporación profesional, obran en favor de todos. Allí donde esas organizaciones se han arraigado, han pasado los tiempos en los que el proletariado, mediante sus triunfos en las acciones masivas espontáneas, sacaba las castañas del fuego sólo a unas pocas fracciones de sus adversarios, temporariamente situados en la oposición. En lo sucesivo, el propio proletariado podrá disfrutarlos.

La acción conjunta de masas organizadas y no organizadas en grandes acciones súbitas puede asumir formas inauditas, desconocidas hasta el presente. Los últimos disturbios en Inglaterra ya han revelado fenómenos sumamente curiosos. Pero nada puede decirse de antemano a ese respecto.

En la medida en que vuelvan a adquirir un papel histórico las acciones masivas espontáneas, cuanto más amplio sea dicho papel, tanto más ingresaría en nuestra vida política un elemento totalmente incalculable, que acarrearía para nosotros las mayores sorpresas, de índole tanto regocijante como penosa, La evolución volvería a asumir un carácter de catástrofe, tal como el que tuvo en Europa entre 1789 y 1871.

En nada modificaría los hechos el que ello nos resulte cómodo o no.

Esta teoría nada tiene que ver con lo que ha dado en llamarse la teoría del derrumbe de Marx. Éste formuló una teoría de esa índole. Más aún, incluso suponía que en un país como Inglaterra el proletariado podría llegar al poder político sin una catástrofe.

Mí Marx ni sus discípulos formularon teoría especial alguna acerca de las formas dentro de las que se movería la lucha proletaria de clases en sus diversas fases. Si vemos que en el período próximo la situación política y social está grávida de catástrofes, ello surge de nuestra concepción de esta situación particular y no de una teoría general.

Pero, ¿surge de la peculiaridad de la situación la necesidad de una táctica particular y nueva? Algunos de nuestros amigos así lo afirman. Tienen la intención de revisar nuestras tácticas.

Al respecto podría hablarse con mayor entendimiento si presentasen proposiciones concretas. Ello no ha ocurrido hasta la fecha.

Ante todo habría que saber si lo que exige son nuevos *fundamentos* tácticos, o nuevas *medidas tácticas*. Por cierto que situaciones particulares requieren medidas particulares. Pero no es posible fijarlas de antemano: deben desprenderse de la situación en cada caso. Si ello vale ya en general, vale más aún en el caso de acontecimientos que, como las acciones espontáneas de la masa, son totalmente incalculables, de las cuales nada determinado puede predecirse, en las cuales es totalmente incierto no sólo el modo y el momento en que se producen, sino también su propia realización.

Frente a esta clase de sucesos nada puede hacerse, salvo procurar que no nos tomen totalmente inadvertidos. Estaremos tanto más a su altura y tendremos mayores probabilidades de obrar con la mayor practicidad en cada momento cuanto más

poderosa y capaz de entrar en acción sea nuestra organización y cuanto más clara sea nuestra comprensión, cuanto mejor entendamos el estado y la sociedad, cuanto más exactamente informados estemos acerca de las intenciones y recursos de poder de nuestros adversarios, así como sobre el estado anímico y los recursos de poder del proletariado.

Perfeccionamiento de la organización, obtención de todas las posiciones de poder que, por nuestras propias fuerzas, estemos en condiciones de conquistar y mantener, estudio del estado y de la sociedad y esclarecimiento de las masas; aún no podemos fijarnos, en forma consciente y planificada, otras tareas, ni a nosotros ni a nuestras organizaciones. Podemos reflexionar acerca de lo incalculable, pero no tomar decisiones tácticas de antemano.

Las tareas tácticas que sí podemos y debemos planteamos hoy significan cualquier cosa menos una nueva táctica, sino una prosecución y fortalecimiento de la que, desde hace más de cuatro décadas, ha llevado a nuestro partido de triunfo en triunfo.

---

**Alejandría Proletaria**  
[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)  
Valencia, julio de 2018

[Consulta nuestro catálogo](#)



Edicions internacionals Sedov



[Y el de nuestro sello hermano](#)